

LOS UNIVERSOS INACABADOS DE GILBERTO ACEVES NAVARRO¹

Luis Ignacio Sáinz

Fiel a sí mismo, Gilberto Aceves Navarro incorpora nuevos signos a su lenguaje justo para ser coherente con más de medio siglo de creación sin tregua. Alejado de los aspavientos y eludiendo siempre las fatigas propias de la intensidad de su vocación, renueva su discurso de mil y una maneras; entre ellas: la voracidad por observar y digerir los aportes de las diferentes culturas visuales y, también, de sus épocas de desarrollo y gestión, la revisión de su propio quehacer a la luz de su génesis y expresión multimodal, y la ansiedad reflexiva del cómo comunicar los significados plásticos, emotivos y conceptuales que lo caracterizan y definen en un ambiente marcado por la autocomplacencia y la falta de rigor.

Como siempre no deja de sorprender que su propuesta icónica engulla y anule el protagonismo de los modelos o las anécdotas; a final de cuentas siempre surgirá victoriosa la oferta de un código observable, reconocible, que remite a su estilo convertido en vocabulario. Podría afirmarse que, como pocos artistas, pinta ideas lo que significa que su instinto se alinea intelectualmente. Así, a la energía del trazo directo que jamás titubea, se agrega una información sustantiva, la de un conocimiento a tal grado asimilado, me atrevería a escribir somatizado, que se presenta adherido a sus manos y sus dedos: prótesis asombrosas de sus extraños juegos mentales.

Aunque el propio creador le haya confiado a Cristina Pacheco un secreto singular consistente en que cuando pinta no piensa, pues se ocupa en “cazar formas”², habremos —con su indulgencia— de dudar de su argumento o al menos de matizarlo. Claro que piensa y lo hace a raudales, en torrentes inagotables, la peculiaridad radicaría en que lo hace con naturalidad, la actividad reflexiva ya no descansa en la conciencia sino que se ha vuelto congénita. Los datos están allí integrados, entreverados, en su corteza cerebral, y al ser parte de su neurofisiología emiten impulsos “automáticos”. De aceptar tan liberal aproximación a su proceso compositivo, bien podríamos sostener que evade la impostación externa sujetándose a solucionar el reto de la superficie y la materia de acuerdo a las posibilidades que una y otra le plantean. Pero ello sí supone una enorme capacidad analítica que, considerada la velocidad de su respuesta, se torna prácticamente silenciosa o, incluso inexistente. Aludo a ese rasgo que permea su fábrica: lo sabido no pensado.

En ocasiones subestimamos este tipo de operaciones al calificarlas de “intuitivas” cuando en realidad reposan en series muy complejas y dilatadas de flujos de sentido y significación. Se trata

de auténticos archivos que registran, ordenan y articulan una enorme cantidad de estímulos, percepciones e información. Y esta digresión adquiere pertinencia por la pasión incontrollable por saber y aprender que define a nuestro artífice. Si tuviese que elegir un adjetivo del almanaque del barroco para intentar atrapar lo peculiar de su formación echaría mano del término *cultérrimo*. Tratándose de Gilberto Aceves Navarro no cabe la hipérbole, ya que nunca dejará de azorarme la potencia y amplitud de sus conocimientos, algunos exclusivos para iniciados, que abarcan hasta las *nimiedades biográficas*, deteniéndose en los misterios técnicos del oficio, apreciando los impactos del entorno social y político, hasta polemizar con las últimas y más actuales propuestas de interpretación del hecho artístico.

Los resultados de su trabajo (pintura, escultura, estampa, instalación o fotografía) trasminan tan diversas fuentes de sabiduría a la manera discreta y casi pudorosa en que las veladuras difuminan algo que, justo en su presentación vaporosa y evanescente, deviene estratégico porque habré de consignar de pasada que a Gilberto Aceves Navarro todo le interesa, su ánimo está dispuesto a meditar y reconocer el mérito aún de los personajes y planteamientos más insólitos o en apariencia alejados o equidistantes de su vocación. Este rasgo de su carácter, la apertura, tolerancia y empatía genuinas a tópicos e iconografías de tan diferentes a las suyas altamente contrastadas, permite endilgarle el mote de único en su generosidad, pues en verdad disfruta con parecido arrobamiento las obras de los grandes maestros del pasado como los aportes de sus contemporáneos o de los jóvenes creadores.

Coincido con Jorge Alberto Manrique³, quien ha captado con claridad y profundidad estas características del quehacer de nuestro Premio Nacional de Artes 2003, cuando afirma:

Sus trabajos, siempre sorprendentes y frescos, siempre atractivos y seductores, pero de lectura complicada, me parecen partir, en su inicio, de dos fuentes diferentes y complementarias: una es su capacidad manual (su tipo de obra se hace con las manos, con un sentido casi orgullosamente artesanal), ejercitada todos los días de modo obcecado; la otra es la intuición que lo conduce como a tientas en el terreno de las formas que engendra. La obra, cuando es de veras buena surge de esa disparidad que sólo se toca en ella misma. Una segunda vuelta de tuerca es la reflexión, a partir de la cual Aceves Navarro, hombre de gran cultura plástica, selecciona, desecha, encuentra brechas y calzadas.

¹ El texto que aquí reproducimos es una parte de la presentación del libro *Gilberto Aceves Navarro 1951-2005* de Luis Ignacio Sáinz, Oak Editorial y Conaculta, México 2005.

² *La luz de México. Entrevistas con fotógrafos y pintores*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 23-33.

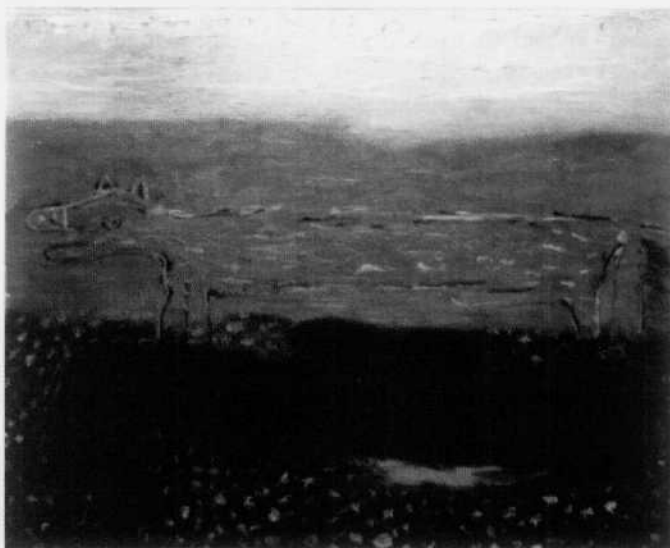
³ “Gilberto Aceves Navarro”, en *Tinta Seca*, nueva época, junio-julio, Cuernavaca, 1996, p. 4-5.



Pláticas de la conquista, 1966



Mi estudio núm. 5, 1980



Bañista de corte minoico. La cuida un perro larguísimo, 1985



Gordas en la playa 7, 2004



Gordas en la playa más misteriosa y callada, 2004



Gilberto Aceves Navarro, José Luis Cuevas, Sergio Hernández, Francisco Toledo y Luis Zárate, Sin título, 1985



Autoretrato a los 7 días de los 63 años, 1985

Luis Ignacio Sáinz (Guadalajara, México, 1960). Mexicano, doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde es también profesor. Ha tratado principalmente en sus investigaciones temas de filosofía, política, estética y urbanismo. Es autor de varios libros, entre los que cabe mencionar *México frente al Anschluss* (1988), *Disfraz y deseo del jorobado: Hacia una teoría del amor cínico en Juan Ruiz de Alarcón* (1992), *Los apetitos del Leviatán y las razones del Minotauro* (1995), *La cárcel de la metáfora* (2003) y *Gilberto Aceves Navarro 1951-2005* (2005). Recientemente, la UNAM le publicó *Diego de Velázquez y el poder palatino*. Fue coordinador general de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana y actualmente se desempeña como subdirector administrativo del Instituto Nacional de Antropología e Historia.